

SELECCIÓN DE POESÍA DE FRANCISCA AGUIRRE

Paisajes de papel (de *Itaca*)

A mis hermanas Susy y Margara

Aquella infancia fue más triste.

Ser niño en el cuarenta y dos parecía imposible.

Nuestra niñez era una mezcla de comprensión y aburrimiento.

Éramos serios y aburridos.

Recuerdo aquellas tardes; eran como el mundo era entonces:

sin resquicios y tristes.

Veo a mis pocos años observar con ahínco,

tras el cristal opaco, la calle larga y gris;

el sol estaba lejos y era lo único barato,

lo único que traía alegría sin exigirnos nada.

Veo a mi niña, adulta y consecuente

con un programa bien trazado:

crecer, crecer muy pronto, darse prisa

—ser niño era una carga demasiado pesada

para nosotros y para los grandes—.

Sólo en verano el mundo parecía asequible,

durante tres o cuatro meses saltar, correr, era la vida.

Lo gris volvía siempre muy pronto.

Un día amanecemos lentas, crecidas,

llenas de miedo, de presente.

Buscábamos palabras en el diccionario

con el afán de comprenderlo todo:

necesitábamos hacer lenguaje.

Algunos nos miraron con asombro,

decían que éramos inteligentes.

Nosotras, durante los dolientes domingos

dibujábamos inseguros paisajes.

Durante mucho tiempo ésas fueron todas mis excursiones.
Salir a un campo que no fuera pintado
suponía gastar unos zapatos.
Salir, salir, ése era el sueño,
abolir a las trenzas, inaugurar la barra de labios:
¡mi reino por un trabajo!
¿Cómo rendir ahora un homenaje a aquellos días?
¿Cómo añorarlos sin desconfianza?
Se arrugaron, igual que los paisajes de papel,
mientras crecíamos hacia este desconsuelo que hoy nos puebla.

Cementerio (de *Itaca*)

Tiene también la sangre sus revoluciones,
sus líderes y demagogos
que arengan al pueblo de las ansias
congregado en el corazón.
Tiene también la sangre sus masacres
—en nombre de oscurísimas razones—,
en las que mueren tantos inocentes:
los de pequeña voz, los tímidos
que no saben exponer sus deseos;
menos aún, imponerlos.
Mueren entre las venas, y de manera irrevocable,
lo mismo que acontece entre la historia.
Muere toda una grey de tristes oprimidos, pero
en la espantosa servidumbre del reemplazo
sucumben a su vez los opresores
sin que exista un recodo, un breve hueco
en que dejar sobre una lápida
constancia de su paso.
En la anónima fosa de la sangre

yacen mezclados víctimas y verdugos;
y en las terribles horas de la comprensión
qué imposible resulta distinguir
del corrompido olor de la esperanza degollada
el agrio aroma de sus asesinos

Apuesta (de *Itaca*)

Somos tan sólo el ansia de lo que nunca fuimos;
somos tan sólo esa punzada que nos llega
puntual como un eclipse de sol
y nos apaga durante unos segundos;
somos la apuesta que nunca arriesgamos,
la alegría a que no nos atrevimos
y el llanto, el miedo, el miedo siempre:
miedo incluso de esta nostalgia que nos acompaña,
miedo de que nos avasalle y nos destruya,
ahora,
cuando ya es tiempo de asumir esta nada.

Testigo de excepción (de *Los trescientos escalones*)

Un mar, un mar es lo que necesito.
Un mar y no otra cosa, no otra cosa.
Lo demás es pequeño, insuficiente, pobre.
Un mar, un mar es lo que necesito.
No una montaña, un río, un cielo.
No. Nada, nada,
únicamente un mar.
Tampoco quiero flores, manos,
ni un corazón que me consuele.
No quiero un corazón
a cambio de otro corazón.

No quiero que me hablen de amor
a cambio del amor.
Yo sólo quiero un mar:
yo sólo necesito un mar.
Un agua de distancia,
un agua que no escape,
un agua misericordiosa
en que lavar mi corazón
y dejarlo a su orilla
para que sea empujado por sus olas,
lamido por su lengua de sal
que cicatriza heridas.
Un mar, un mar del que ser cómplice.
Un mar al que contarle todo.
Un mar, creedme, necesito un mar,
un mar donde llorar a mares
y que nadie lo note.

Reserva natural (de *Los trescientos escalones*)

Con todo lo que hay dentro de mí
que araña, que se queja,
que duele y se resiste,
con todo eso voy a hacer mi invernadero,
mi parque, mi reserva natural.
Así nadie podrá acusarme
de atentar contra la continuidad de la especie.
En mi reserva pastarán las fieras
y crecerán las plantas carnívoras;
allí estarán desde el insecto al cocodrilo,
todas mis conocidas bestias,
y yo me encargaré de su alimento y su custodia.
Pero sabedlo,
la entrada está prohibida.

Mis animales y mi selva
no son para turistas o estudiantes,
mis animales pueden matar:
extranjeros,
no rocéis la puerta.
Pasad, pasad de largo,
esta reserva es peligrosa.

El último mohicano (de *Los trescientos escalones*)

No tuve nada, y sin embargo, de algún modo,
comprendo que lo tuve todo
no teníamos nada, nada, salvo el miedo, el dolor,
el estupor que produce la muerte.
Cuando mataron a mi padre, nos quedamos en esa zona
de vacío que va de la vida a la muerte
dentro de esa burbuja última que lanzan los ahogados,
como si todo el aire del mundo se hubiese agotado de pronto,
ahí nos quedamos, como peces en una pecera sin agua,
como los atónitos visitantes de un planeta vacío.
Nada teníamos, aunque también es cierto que ya nada queríamos.
Recuerdo bien que a mi hermana Susi y a mí
nos dieron la noticia en el cuarto de aseo de aquel colegio
para hijas de presos políticos.
Había un espejo enorme y yo vi la palabra muerte
crecer dentro de aquel espejo hasta salir de él y alojarse
en los ojos de mi hermana
como un vapor letal y pestilente.
Nada ha logrado hacerme olvidar aquellos ojos
salvo algunas horas de amor en que Félix y yo éramos
dos huérfanos, y el rostro milagroso de mi hija.
Y nada más tuvimos durante mucho tiempo

pero mamá tuvo menos que nadie,
mamá quedó como un espejo sin azogue,
lo perdió todo, salvo un hilo delgado que la unía a nosotras.
Y por aquel inconcebible puente, como tres hormiguitas, íbamos y
veníamos a su estatua de vidrio restituyéndole el azogue.
Volvió a nosotras desde el país del hielo.
Y volvió tan absolutamente
que gracias a ella, nosotras,
que nada teníamos, lo tuvimos todo.
Mamá fue nuestro Espasa,
nuestro guerrero del antifaz,
El País de las Hadas,
la abundancia dentro de la miseria,
nuestro mejor amigo,
nuestro escudo contra los moros,
la enamorada de las bellas artes,
la que hizo posible que papá no muriera,
la que lo fue resucitando en cada uno de sus cuadros.
Mamá fue quien nos dijo que mi padre admiraba a los griegos,
que adoraba los libros,
que no podía vivir sin la música,
y que fue amigo de Unamuno.
Cierto que no tuvimos nada.
que muchas veces nos faltaba todo.
Pero aunque algunos días no comimos,
tuvimos una radio para oír a Beethoven.
Y un día de Reyes de mil novecientos cuarenta y cuatro
mamá y los tíos fueron al Rastro:
nos compraron tres libros:
La Cuesta encantada, Nómadas del Norte
y *El último mohicano*.

Dios sabe cuántas veces habré leído esos libros.

Mamá nos trajo *El último mohicano*

y de la mano de ese indio solitario

entramos en el mundo de lo maravilloso

y lo tuvimos todo para siempre.

Y ya nadie podrá quitárnoslo

Ya nada podréis (De *Los trescientos escalones*)

Ya nada podréis,

porque la fuerza no estaba en vosotros,

estaba en mi debilidad.

Nada conseguiréis

abandonándome,

porque el vacío no era vuestra ausencia

sino mi necesidad de compañía.

Cuando llaméis

tendréis mi corazón a mano, como siempre

Ahora

el mundo se ha amueblado

con la delicadeza de lo mínimo

con la tierna disposición de lo posible.

Y todo es una patria extensa y manual,

un alfabeto misterioso

con el que estoy nombrando, recreando

reviviendo de nuevo el universo.

Flamenco (de *La otra música*)

De la tierra,
esa música viene de la tierra,
viene de la contienda, del asalto,
del oscuro atropello
de las arterias del planeta.
Viene de la preponderancia del fuego,
del confuso lenguaje de los yacimientos,
del desconsuelo de los minerales.
Esa música es ciega como las raíces
y es terca como las semillas.
Sabe a tierra, como la boca de un cadáver,
viene y es de la tierra,
redobla a geología.
Esa música es parda como la corteza,
compacta como los diamantes.
No dictamina:
sólo muestra la voraz certidumbre de lo vivo,
el vértigo que va desde el sustrato
a la calamidad que grita.
Esa música narra el agujero
que delata en los hombres su ascendencia.
Esa música es toda ese agujero,
un sordo abismo que reclama
la primera soledad,
el primer llanto en la primera noche.

Y si después de todo, todo fuera (De *Ensayo general (1981-1993)*)

Y si después de todo, todo fuera,
un ir muriendo para al fin morirnos
a qué este loco empeño en convertirnos

en contables de un tiempo que no espera.

Y si resulta que lo cierto era
este sermón que viene a repetirnos
que avanza el huracán para abatirnos
y es inútil y absurda esta carrera.

Entonces, amor mío, ten sosiego,
y aprovecha esta cueva que te ofrezco
y apura el agua que yo no he bebido.

El viento nos arrastra, frío y ciego,
toma mi manta mientras yo envejezco,
amarte de otro modo no he sabido

Nana del desperdicio (De *Nanas para dormir desperdicios*)

No sé muy bien cómo explicarles
lo que resulta ser un desperdicio,
porque lo grave de esta historia
es que nadie conoce realmente
eso que de forma extraña y muy precipitada
denominamos desperdicio.

En estos casos el bautizo es serio
porque sin darnos cuenta,
sin reparar siquiera en su importancia,
hemos considerado, apresurados,
de manera trivial y poco delicada,
que aquello que asían nuestras manos
aquello de tan difícil catalogación,
tan raro, tan absurdo,
que apenas si nos atrevíamos a nombrarlo,

eso, precisamente, eso, sobraba en nuestro espacio.
Tal vez fuera un residuo de algo, un desperdicio propiamente dicho,
pero aquel resto, aquel aquello,
nos resultaba tan cercano, tan dolorosamente nuestro,
tan cargado de asombros y temores,
tan parecido a un pequeño animal doméstico,
que aguza las orejas para oír si lo llaman,
por si de pronto lo llamamos a nuestro lado,
porque, desde luego, en nosotros, existe un lado que lo necesita,
pero aquel desperdicio, aquel aquello, no habíamos quedado en
arrumbarlo
entonces, ¿a qué viene esta preocupación por lo trivial?
Viene de la música. Viene del ritmo de nuestro desperdicio,
aquel aquello canta, tiene la melodía de las cosas mínimas.
La canción de los restos.
¿No recuerdas que aquel aquello fue asombroso?
Aquel aquello dice: no prescindas de mí. No me abandones.
La vida puede ser también un desperdicio.

Nana de los libros viejos (De *Nanas para dormir desperdicios*)

Aquel tenducho,
porque verdaderamente aquello era un cuchitril,
una especie de sotanillo al que se entraba
después de bajar unos cuantos peldaños,
aquel escondrijo al que llamábamos la tienda verde,
puesto que su dueño había pintado la fachada de verde,
aquella cueva era, sin embargo, la cueva del tesoro.
Allí, democráticamente apilados, había montones de libros viejos
algunos, viejísimos, tan viejos,
que se les caían las hojas como a los árboles.
Otros, más afortunados, habían sido remendados

como los calcetines o los zapatos.
Porque un libro, señores, es una prenda de abrigo.
Y el dueño de aquella tienda lo sabía.
Por eso nosotras, cuando entrábamos
con nuestro pobre capital,
él nos impartía las oportunas instrucciones
para que nos moviésemos con precaución en su establecimiento.
Nada de manoseos con los libros.
Los libros se desgastan, se estropean,
se les rompen las hojas o se les caen.
Ya no abrigan, ya no sirven, muchísimo cuidado con los libros,
sobre todo con los que están encuadernados.
Un libro encuadernado es algo serio.
Las pastas son como las paredes de una casa.
Y dentro de esa casa podemos encontrar de todo.
Por eso el dueño de la tienda nos decía:
un libro encuadernado es un tesoro.
Y los tesoros, ya se sabe, cuestan caros.
Nosotras mirábamos con avidez los libros.
Sobre todo los viejecitos, los que tenían aire de perro apaleado.
Y eran como de la familia. Y además, tenían la ventaja de ser
muy baratos.
Claro que, como decía el dueño, aquellos pobretones
debían abrigar muy poco, pero nos daba igual.
Ya los arreglaríamos en casa.
Y así, hacíamos tres montones,
y el dueño nos cobraba una peseta
por aquella montaña de desperdicios
aunque antes de marcharnos
nos decía muy claro:
me los tenéis que devolver el lunes.

Y no creáis que no sé yo las hojas que tiene cada uno.
Y el sábado empezaba la aventura.
Porque lo que el librero no sabía era
que en cada libro había una mina,
y a veces, cuanto más viejo el libro, mejor era la mina.
Aquellas páginas marchitas calentaban como una gran hoguera.
Y así, durante muchos sábados y domingos,
rodeadas de desperdicios ilustrados,
vivimos el milagro de abrigarnos
con las maravillosas páginas
de Tolstoi en *Resurrección*,
o las *Aventuras* de Mark Twain,
con las desdichas de las *Pobres Gentes*
de Dowstoyewsky,
con los *Viajes de Gulliver*,
pasamos hambre con Hamsum, y comimos su pan,
viajamos al espacio y al fondo de los mares con Julio Verne.
Aquellos desperdicios de papel desencuadernados y rotos
fueron para nosotras la deslumbrante Biblioteca de Alejandría.
Nadie ha tenido una universidad más mágica que aquella

La esperanza (de *Historia de una anatomía*)

No creo que pudiera decir exactamente
cuántas veces dentro de mí
recorriendo mis entrañas
ha respirado o latido o gritado o temblado
esa cosa que llamamos esperanza
ese fluido desazonador
que nos convierte en seres anhelantes
en criaturas que zozobran
que tiemblan y no saben hacer otra cosa

que mirar en todas direcciones
confiando en que el destino no los defraude.
La de veces que me he sentido rehén
de una cosa tan intangible como la esperanza.
Y el ahogo que nos clausura por dentro
cuando la esperanza no contesta
o nos vuelve la espalda
delicada y decisivamente.
En qué lugar de nuestro cuerpo
nace y muere
esa flor venenosa
que siempre está dispuesta
a cantarnos la balada de lo imposible.
Deberíamos inventar una vacuna
aunque daría igual porque
como todos sabemos
la esperanza es lo último que se pierde.

Radiografía (de *Historia de una anatomía*)

He pensado muchas veces que lo sucedido
esa información tan poco convincente
sobre el estado de mi anatomía
quiero decir sobre el estado de mis vísceras
o sea todo aquello que mi esqueleto preserva
y también todo lo que preserva a mi esqueleto
eso como os decía esa petición que hice a los expertos
esa sencilla demanda
al parecer dio como resultado una especie de caos.

No sabían lo que pasaba con mi corazón
ninguno supo explicarme cómo funcionaba mi hígado
y mucho menos el páncreas.

Aunque me dijeron eso sí
que muchas de las cosas que le pasaban al corazón
obedecían al mal funcionamiento del hígado o del páncreas
y desde luego todo lo que les sucedía a dichos órganos
repercutía sin ninguna duda en el cerebro.
Claro que después de meditarlo
conjeturaron que más bien era el cerebro el responsable de todo.

Pero aclararon que hablaban en términos generales
porque estaba todo demasiado relacionado.
Tampoco había mucha certeza sobre la marcha de mis riñones
aunque explicaron que así a simple vista
parecían unos buenos riñones que aguantaban muy bien
sin especificar qué era lo que aguantaban.
En cuanto al aparato digestivo y a los intestinos
estaban seguros de que dependían en todo del sistema nervioso.
Y desde luego del sistema nervioso ni una palabra.
De los pulmones no quisieron hablar.

Aseguraron que alguien que se había fumado
tres cajetillas diarias de tabaco
no tenía ningún derecho a preguntar.
Del bazo y otras tonterías como el apéndice o la vesícula
lo único que reconocieron
es que no iban a explicarme cosas que no estaban a mi alcance
de lo que yo deduje con alegría
que todo lo anterior consideraban que sí estaba a mi alcance.
Por lo que se refiere a mi aparato genital:
matriz, ovarios y demás
me confirmaron que habían cumplido bien.

Del resto no dijeron nada
ya que al parecer las radiografías eran muy confusas
todo se mezclaba y debido a ello
era imposible emitir un informe preciso.

Por otra parte tampoco tenía demasiado sentido
perder el tiempo en pormenores cuando el paciente
es decir yo tenía más de setenta y cinco años.
¿O es que me había hecho la ilusión de ser eterna?

Finalmente asumí que como en otros casos
es decir en otras cuestiones
todas ellas relacionadas con lo portentoso
como la velocidad de la luz
el sinfónico canto de las resplandecientes ballenas
o la mirada rebosante de pesadumbre de los pacíficos gorilas
aspectos todos fuera de mi alcance
yo hembra perteneciente a una caótica especie que llaman humana
la única posibilidad que tenía
era aceptar que mi curiosa anatomía
y el relleno con que la habían dotado
eran los responsables de mi extraño vivir.
Y que mi historia era su historia.

Qué le vamos a hacer
nadie elige su amor dijo Machado
y por lo visto tampoco elige nadie sus riñones
su páncreas su osamenta.

Y muchísimo menos
el sobresalto ante el milagro de la vida.

Lo único que sabemos es que
el pulso se acelera y las radiografías se oscurecen.